

Tierra y Libertad

Numero suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 pta
Subscripción: España un trimestre	• 1'00
Extranjero	1'50

LOS SOCIALISTAS Y EL 1.º DE MAYO

Han quedado confirmados nuestros pronósticos. La fecha del 1.º de Mayo, proselitada por los socialistas, ha perdido la poca virtualidad que llegó a tener, siendo en varias localidades, sobre todo en Madrid, un espectáculo para recreo de burgueses, que esperan el desfile de los obreros desde el ministerio de la Gobernación a la Casa del Pueblo, con la misma curiosidad que esperan cada año el paso de la procesión del Corpus que sale de la Catedral.

Este año, la fiesta en Madrid, ha tenido un número inoperado. A los socialistas, se les ha presentado la ocasión de aplaudir estruendosamente al ejército en las calles.

En general, según relatos de la prensa burguesa, en ninguna de las poblaciones de España ha revestido importancia y creemos que en lo sucesivo, el 1.º de Mayo, será esperado con más interés por los empleados del Estado, por ser día de cobro — que por los trabajadores, que ya no confían para su emancipación más que en sus propias fuerzas.

Por lo que respecta a Barcelona transcurrió el día como fiesta religiosa, sin que por ninguna parte se viera nada que significara fiesta obrera, pues si bien dejaron de publicarse algunos periódicos fue porque los patronos que encuentran bien todo lo que sea desviación del proletariado en sus luchas, les conceden el día de asueto pagándoles el jornal.

La prensa burguesa republicana hacía días que venía hinchando el perro, pregando la importancia del 1.º de Mayo desde que los socialistas habían convertido en pacífica la citada fiesta, «llevando la tranquilidad a la burguesía y autoridades y encauzando por buen camino el movimiento obrero, del que se habían apoderado». Y, efectivamente, respondiendo a la iniciativa de los socialistas, varias entidades organizaron mítins para la noche del 30 de abril y mañana del 1.º de mayo y tanto unos como otros, a pesar del tiempo espléndido que hacía, tuvieron que suspenderse por falta de público, pues a la hora de comenzar el del día 1.º, solo había en el local 10 personas!

¿Dónde están los centros socialistas, agrupaciones, etc., etc., con que continuamente llenan gaceticillas que envían a la prensa diaria? Seguramente que al movilizar su numeroso ejército sólo hacen la parodia de *Il ferocchi romani*, que no teniendo más que cuatro soldados y un cabo los hace desfilar continuamente por la escena, para que parezca que son muchos.

Son tan reducidos los socialistas en Barcelona, que ya para reclutar adeptos han arrinconado aquello de que «prefieren la calidad a la cantidad».

El fracaso que han tenido el 1.º de Mayo es de los que forman época; pero son testarudos y el año próximo volverán a la carga. Casi nos dan tentaciones de proponer a las sociedades obreras que siguen táctica revolucionaria la organización de mítins, a ver si de una vez se desengañan

los socialistas, de que en Barcelona están verdes para ellos.

La prensa burguesa, en su afán de que el 1.º de Mayo sea la fiesta de los obreros, falsea los hechos cínicamente, tratando de dar carácter obrero a lo que solo lo tuvo político.

La fiesta organizada por el partido radical en la montaña del Coll, fue eminentemente política, a tal extremo, que desistieron de la manifestación al gobierno civil para entregar conclusiones de ninguna clase.

Quiso el partido radical gastar unas cuantas pesetas que niega a los presos de su partido, a los que no llegan ni las cantidades que para ellos recaudan, y convocó al partido, no al pueblo obrero, para revisar sus fuerzas.

Otros republicanos organizaron giras campestres. Con esto y con la fiesta obligada por parte de patronos que a pesar de su fama de tañones pagan el jornal a sus obreros en ese día, queda demostrado que políticos y burgueses están identificados con los socialistas, para desviar al proletariado de su camino revolucionario.

Para que la fiesta tuviera más carácter burgués, celebraron un mitin el mismo día los reaccionarios del Comité de Defensa Social para protestar del atentado contra el rey, en cuyo acto, como es natural, se desfogaron contra las propagandas ácratas, alentando a las derechas a agruparse por el común ideal de paz que las guía «a fin de formar una fuerte agrupación que contraste y ponga dique a las insanas doctrinas de las izquierdas, que llevan por resultado la propagación de ideales funestos para la vida de régimen de paz».

Estos individuos, recordando lo que les ocurrió cuando rebuznaron con ocasión de la muerte de Canalejas, tuvieron la precaución de celebrar el mitin en su local social.

De lo expuesto se deduce que el proletariado español, cansado de servir de monigote a una cuadrilla de holgazanes o pr tenderos a holgazanes, se ha decidido a arrinconar los pendones o cachivaches con que se dejaba entretejer, y que emprendiendo el buen camino se preocupa de las luchas sociales atacando al actual régimen en sus múltiples manifestaciones con bastantes buenos resultados desde que ha abandonado la política para unirse a sus compañeros de explotación.

Abraza el pecho a la esperanza a los que durante el pasado confusionismo han permanecido fieles al ideal redentor. La clase trabajadora abandona a sus malos pastores, llámense socialistas, llámense republicanos, y sólo responde al llamamiento de los que jamás piensan en encumbramientos tomando por escabel de sus concupiscencias a los obreros de buena fe.

El pasado 1.º de Mayo en España, y muy principalmente en Cataluña, lo ha demostrado plenamente.

generatrices de la aversión al trabajo desaparecerán en absoluto. Organizado el trabajo libremente y siendo beneficioso para todos, a él se acudiría espontáneamente. No habrá, de fijo, muchas defecciones. Sabiendo que el trabajo es necesario, que sin producir es la vida imposible, a cumplir su labor los individuos irán de buen grado. Aun para aquellos trabajos que a la generalidad pudieran parecer penosos, no faltará quien se preste a realizarlos, pues siempre existirán hombres de buena voluntad. Aparte de que, como la necesidad obliga, bastará que la ejecución de algo sea de todo punto precisa para que se lleve a cabo.

En una sociedad libremente organizada, donde las riquezas naturales e industriales serán patrimonio de la colectividad, nadie negará su concurso a la obra común, puesto que los beneficios iguales serán para todos y a ninguno le agrada que los productos escaseen. Al contrario, lo que todos procurarán es que la abundancia reine. Y, naturalmente, se hará todo lo que sea necesario. Creer otra cosa me parece absurdo. Que se suponga que siendo voluntario el trabajo nadie querrá trabajar es una de las cosas que nunca he podido comprender.

Decir que nadie querrá trabajar voluntariamente es tan estúpido como lo sería decir que todo el mundo se negaría a comer. La humanidad trabajará porque sin trabajar dejará de existir. Se trabajará, pues, y se producirá más y mejor que ahora, porque las necesidades y estímulos que a los hombres determinan a trabajar serán tan poderosos como en la actualidad, o más todavía, y la organización y perfeccionamiento industrial será infinitamente superior a lo puesto en práctica hasta la fecha.

Suponer que ocurrirá como nosotros decimos es lo razonable y lógico. La base primordial del voluntariado en el trabajo es tan sólida, que todas las objeciones que hagan sus adversarios carecerán de fundamento serio. ¿Cómo, en efecto, admitir que los hombres, que hoy trabajan en pésimas condiciones y la mayor parte de lo que producen no es para ellos, se negarán a hacerlo cuando el trabajo se verifique en forma inmejorable y en utilidad y placer suyos? ¿Es que los hombres del porvenir van a ser todavía más imbéciles que los contemporáneos? ¿Es que no necesitarán habitaciones, vestidos, comestibles, etc.? ¿O es que, como en Jauja, todo se hará por sí solo?

Sea la que sea la forma de la sociedad, el hombre tiene que trabajar para satisfacer sus necesidades. Sin el trabajo, no ya la sociedad libertaria, sino ninguna sería posible. Así, al decir trabajo voluntario no queremos significar que el trabajar sea función voluntaria de la humanidad, sino que dadas ciertas condiciones sociales, que en un régimen de igualdad y solidaridad, los individuos serán libres de concurrir al trabajo cuando quieran; pero en el supuesto de que los voluntarios excederán a los necesarios para asegurar la producción. Si no lo creyéramos así no seríamos anarquistas. Lo somos porque tenemos la firme convicción de que los frutos de la libertad son siempre excelentes, de que los resultados del trabajo voluntario serán magníficos.

A los que dicen que el voluntariado en el trabajo es irrealizable porque nadie querrá trabajar espontáneamente, podríamos demostrarles con multitud de argumentos que ahora el trabajo sólo es obligatorio hasta cierto punto; que las causas fundamentales de que el hombre trabaje son eternas, y por consiguiente, subsistirán en la sociedad libertaria, y que en ella los estímulos para el trabajo no desaparecerán, sino que serán superiores a los presentes.

Pero, en fin, admitamos que habrá numerosos individuos que no querrán trabajar, ya sea porque no sientan la necesidad de hacer ejercicio o bien porque satisfarán esa necesidad con depósitos inútiles, como ahora hace la degenerada juventud burguesa. ¿Qué importa? Por muchos que fueran no negarían a ser tantos como son en la actualidad los que ningún trabajo provechoso realizan. Y con la particularidad de que los vagos de entonces causarían muy poco o ningún daño a la sociedad, mientras que los de hoy son los culpables de todas las calamidades sociales.

No; no importaría que muchos individuos renunyeran al trabajo en la sociedad socialista, pues bien organizada la producción y con la gran variedad de maquinaria ya existente y la que se inventará y perfeccionará, el trabajo material del individuo quedará reducido a una cantidad insignificante. Sobrarán brazos, como ya sucede hoy, aunque por causas distintas. Pero si ahora son tantos los no trabajadores y de los productores hay buena parte dedicados a elaborar objetos que son inútiles o perjudiciales! Por consiguiente, en el porvenir, cuando la humanidad se desenvuelva libremente y las condiciones sociales sean iguales para todos, el número de productores será excesivo, y con un pequeño esfuerzo de cada uno se conseguirá una sobreproducción continua, pudiendo así todos satisfacer por completo sus necesidades sin temor de que a nadie le falte lo necesario.

Y como entonces la infancia recibirá una enseñanza racional, las inteligencias alcan-

zarán pleno desarrollo, los sentimientos humanitarios arraigarán hondamente en los individuos, el ambiente social será de paz y amor al trabajo y cada cual empleará su actividad libremente, según sus aptitudes y aficiones, no las industrias sólo, sino también las ciencias y las artes progresarán enormemente.

JOSÉ CHUECA

¡Anarquizantes!

La *Epoca*, de Madrid, publicó a raíz del atentado contra el rey un artículo (el que fué reproducido por casi toda la prensa) combatiendo ciertas declaraciones de Romanones, según las cuales no se efectuarían represalias contra los revolucionarios.

Tildaba al conde de anarquizante, y en uno de sus párrafos habla una afirmación

preciosa por aparecer en un periódico conservador.

Nosotros lo hemos dicho ya muchas veces y se nos ha tildado de exagerados.

Refiriéndose a gobernantes dice: «...Ni hay nadie, absolutamente nadie que jamás haya aplicado a los crimenes individuales ni colectivos, la justicia y la libertad.»

Así, pues, ya sabemos de cierto que jamás ha habido ningún gobernante que haya aplicado la justicia.

Es curioso que al acusar de anarquizante al pobre cojo, se convierta también en anarquista el periódico conservador.

Y esto es natural, porque todos los gobernantes y todos los hombres, todos son anarquizantes.

Hacia ella se va y es inútil querer combatir.

Todo lo arrastra. J. A. BORI

Barcelona, 15-4-13.

Ascendencia y transcendencia del Sindicalismo

La reaparición de *Solidaridad Obrera* me ha suscitado recuerdos que, atropellados y revueltos en gran confusión, difícilmente he logrado condensar, como verán mis compañeros y lectores.

La influencia de La Internacional, manifestada por los delegados de Madrid y algunos de Barcelona, y la idea de asociación, practicada casi exclusivamente en Cataluña y débilmente sentida en el resto de España, se fundieron en un sentimiento común en el primer Congreso obrero español, celebrado en junio de 1870, en cuya primera sesión una brillante representación del proletariado español acordó unánimemente su adhesión a la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Formuló aquel Congreso un ideal de libertad y de igualdad y una organización obrera libertadora o igualitaria, con que dio a los trabajadores españoles aquella pura orientación, actualmente combatida por neo-socialistas y parlamentarios, pero que se mantiene en su íntegro vigor, dispuesta a vivir tantos años como sean necesarios para que pueda y deba ser considerada como obra realizada y punto de partida para futuros avances progresivos.

Más aun; detalle importante olvidado o desconocido: la orientación de aquel Congreso fué presentada por la delegación de la Conferencia de Valencia de 1871 a la Conferencia de Londres del mismo año; y me atrevo a asegurar que si los delegados internacionales reunidos en Londres hubieran sentido, pensado y resultado como los buenos orientadores de Barcelona, a que les invitó el delegado español, y el proletariado mundial hubiera continuado aquella vía, La Internacional hubiera entrado en el siglo xx con los honores del triunfo.

No sucedió así; lo impidieron muchas causas; pero conste el dato histórico, y aprovechemos la lección con el fin de evitar retrasos lamentables: el moderno sindicalismo desciende en línea recta de los acuerdos del primer Congreso obrero de Barcelona y del proyecto de organización obrera presentado por la delegación española en la Conferencia de Londres de 1871, recopilados en aquellos reglamentos típicos publicados por la Federación local de Barcelona después de las reformas aportadas por la Conferencia de Valencia y el Congreso de Córdoba. En aquella recopilación se hallan los estatutos internacionales, nacionales, locales, de federación de oficios y de oficios similares, y reglamento de agrupación local, de sección de oficio, de sección de oficios varios, de agricultores, de sociedad cooperativa de consumo, terminado por un reglamento de discusión.

No error, impuesto por los antecedentes y las circunstancias, deslizado en aquella organización, reconocido y abandonado después por unos, y no reconocido y continuado aún por otros, mantiene un pernicioso dualismo obrero, favorable al capitalismo y a los gobernantes.

Confían los internacionales primitivos en la eficacia de las cajas de resistencia, y atribuyeron al dinero un poder revolucionario que no tiene, que no puede tener, porque su posesión constituye privilegio, inspira desconfianza, rebaja los caracteres y mata la natural rebeldía.

¿Civilizando?

El hecho de haber comenzado por construir una plaza de toros en Melilla, nos dió buena prueba de la capacidad civilizadora de España, capacidad que ha sido confirmada con la prisión de nuestro compañero Manuel Hernández, en Alcazaba (Marruecos), a disposición del cónsul español.

Este compañero, que se dedica a la venta de dulces por el campamento de Nador, llevaba en el bolsillo varios ejemplares de *Tierra y Libertad* para expender a los obreros que por el camino pudiera encon-

Adosaron a la organización obrera la caja de resistencia, como recurso para imponer legalmente condiciones al capital por medio de la huelga sobre la base del subsidio a los huelguistas; y la práctica ha demostrado, además de su ineficacia para el objeto principal, que ha servido para suscitar ambiciones y para crear un funcionalismo absorbente y abusivo.

Los burgueses, tomando ejemplo de los trabajadores, se organizaron a su vez para contrarrestar la resistencia obrera, y, disponiendo de mucho más dinero, con superior inteligencia y con el apoyo gubernamental, predominaron.

He ahí, sin frases, explicada una de las causas del fracaso general de La Internacional, y la principal del de las Federaciones internacional y nacional españolas.

Estudiando detenidamente tan importante asunto, se halló que si a la fuerza de las modernas compañías industriales se agrega el poder de la solidaridad burguesa, resultará que la cuota obrera es a la guerra económica lo que la antigua fusilería y las barriadas al poder del moderno armamento y de la táctica novísima en un alzamiento popular.

En efecto, ramos hay de la industria que han celebrado pactos internacionales destinando un tanto por ciento considerable, equivalente a lo que reportarían los beneficios de los industriales atacados por la huelga, si sus fábricas funcionaran normalmente, pagados por los industriales extranjeros beneficiados con la demanda extraordinaria causada por la huelga.

El dinero de defensa burguesa acumulado de ese modo asciende a muchos millones. ¿Qué vale ante ellos el montón de céntimos solidarios, picado además por funcionarios, representantes y sabistas!

Reconoce la burguesía, y con ese reconocimiento tiene siempre asegurado el apoyo decisivo del gobierno, que no debe alterarse el equilibrio económico establecido sobre la reciprocidad entre la oferta y la demanda, ni siquiera para atender las quejas lastimeras lanzadas por los desheredados, porque lo contrario representa la perturbación del orden social.

Por su parte el proletariado no puede avenirse a la condición de permanente y mísera inferioridad, y reconociendo que la lucha por la justicia social no es una subasta en que el objeto codiciado haya de adjudicarse al mejor postor, desprecia el dinero, le rebaja de condición y lo emplea en menesteres recalcitrantes de organización, librando al ideal de la vileza del precio.

He ahí por qué los obreros emancipados españoles que tan noblemente sintieron el ideal, visto que la organización de su segunda Federación Española se empuñó para el atavismo autoritario, la disolvieron, dejando a los atávicos incorregibles que se aburrían en el neo-socialismo de su partido obrero y de su U. G. T., viniendo al fin, tras largo período de luchas y persecuciones, a que una parte que el neo-socialismo parlamentario es una desviación traidora, y que el sindicalismo, que va a la supresión del patronato y del salario, se halla en la vía que conduce a la conquista del patrimonio universal.

ANSELMO LORENZO

trar. Un soldado le preguntó qué periódico llevaba en el bolsillo y, enseñándoselos, le compró un ejemplar, haciendo lo mismo varios soldados que compraron los que le quedaban.

Terminada la venta de dulces, nuestro compañero regresó a casa del confitero a hacer la liquidación, y aun no la había terminado cuando se presentaron un cabo y dos soldados, invitándole a seguirles, en calidad de detenido, por orden del teniente de guardia, quien dispuso quedara en un extremo del barracón hasta nueva orden. Transcurridas dos horas fué conducido

El trabajo voluntario

El trabajo es algo más que una necesidad fisiológica: es la primera de las necesidades impuestas al hombre por la naturaleza. Trabaja es ley natural, económica y social. Sin el cumplimiento de esta ley, sin la satisfacción de esta necesidad, la vida individual y social sería imposible. No hay otro modo de procurarse las cosas necesarias para satisfacer todas las necesidades sentidas por el organismo humano, que produciéndolas, es decir, trabajando.

La naturaleza ha dotado al hombre de órganos y músculos necesitados de ejercicio. La inactividad completa y continua produciría graves trastornos en el organismo. Los órganos que jamás se ejercitan se atrofian. El ejercicio corporal y mental es necesidad fisiológica tan importante como la de comer. Consecuentemente, para conservar su estado normal, el individuo ha de realizar cierta cantidad de trabajo, ha de emplear en algo su actividad.

Siendo, pues, la del ejercicio una necesidad fisiológica, el hombre puede, por la aplicación de su actividad a tal objeto, conseguir fácilmente, al mismo tiempo que el placer de satisfacer dicha necesidad, los medios necesarios para satisfacer sus demás necesidades fisiológicas. Admirable combinación! A la vez que satisfacemos una necesidad fisiológica nos proporcionamos aquello que necesitamos. Y, por ser así, trabajar no resulta labor penosa, sino útil y agrada-

ble para el organismo. Bien podemos, por tanto, decir que la naturaleza ha procedido sabiamente en este punto.

En efecto; el trabajo en sí, en general, como consecuencia de las condiciones naturales en que vivimos y de nuestras especiales necesidades, no puede ser considerado causa de dolor, sino motivo de placer. Lo que hace desagradable el trabajo, el hecho de que hoy se mire con horror, el hecho de que hoy se mire con horror, como obligación penosa, como castigo aborrecible, es la forma en que se realiza. De las condiciones sociales a que se halla sometido el trabajador, nace la repulsión al trabajo. Pero lo que propiamente repugna es la esclavitud del trabajo, no el trabajo mismo.

Natural es que todo el mundo sienta aversión al trabajo en una sociedad organizada de modo que los productos no son para su legítimo dueño el productor, sino que, por la violencia de una ley inicua, le son arrebatados por otro. Natural es que nadie quiera trabajar cuando ser obrero significa ser esclavo; cuando ser obrero es pertenecer a una clase considerada inferior; cuando ser obrero es ser una cosa despreciable; cuando ser obrero representa una vida de oprobio y privaciones. Natural es que se trate de eludir el trabajo en una sociedad donde la miseria y la ignorancia es el único patrimonio de los que producen y los privilegios, las consideraciones y el bienestar son exclusivamente para los que viven del trabajo de los demás.

Pero en la sociedad libertaria las causas